

Hacia una espiritualidad de la comunión misionera

+ Santiago Silva Retamales
Clero de la Arquidiócesis de Bogotá, Colombia
03 de Marzo del 2015

I- Textos iluminadores

1- JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, n° 33:

«En un mundo roto y deseoso de unidad es necesario proclamar con gozo y fe firme que **Dios es comunión**, Padre, Hijo y Espíritu Santo, unidad en la distinción, el cual **llama a todos los hombres a que participen de la misma comunión trinitaria**. Es necesario proclamar que esta comunión es **el proyecto magnífico de Dios Padre**; que Jesucristo, que se ha hecho hombre, es el punto central de la misma comunión, y que el Espíritu Santo trabaja constantemente para crear la comunión y restaurarla cuando se hubiera roto.

Es necesario proclamar que **la Iglesia es signo e instrumento de la comunión** querida por Dios, iniciada en el tiempo y dirigida a su perfección en la plenitud del Reino... Esta comunión, existente en la Iglesia y esencial a su naturaleza, **debe manifestarse a través de signos concretos...».**

2- JUAN PABLO II, *Novo Millennio ineunte*, n° 43:

«Hacer de la Iglesia **la casa y la escuela de la comunión**: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder a las profundas esperanzas del mundo. ¿Qué significa todo esto en concreto? También aquí la reflexión podría hacerse enseguida operativa, pero sería equivocado dejarse llevar por este primer impulso. Antes de programar iniciativas concretas, **hace falta promover una espiritualidad de la comunión**, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano...
Espiritualidad de la comunión:
– significa ante todo **una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad...**,
– significa **capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda el Cuerpo místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”...**,
– significa **capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro**, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un “don para mí”...,
– significa **saber “dar espacio” al hermano**».

3- **Documento de Aparecida, ns° 155-156:**

«Los discípulos de Jesús están **llamados a vivir en comunión** con el Padre (1 Jn 1,3) y con su Hijo muerto y resucitado, en “la comunión en el Espíritu Santo” (2 Cor 13,13).

El misterio de **la Trinidad es la fuente, el modelo y la meta** del misterio de la Iglesia:

“Un pueblo reunido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”,

llamada en Cristo “como un sacramento, o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano”.

La comunión de los fieles y de las Iglesias particulares en el Pueblo de Dios se sustenta en la comunión con la Trinidad.

La vocación al discipulado misionero **es con-vocación a la comunión en su Iglesia.**

No hay discipulado sin comunión. Ante la tentación, muy presente en la cultura actual, de ser cristianos sin Iglesia y las nuevas búsquedas espirituales individualistas, afirmamos que la fe en Jesucristo nos llegó a través de la comunidad eclesial y ella “nos da una familia, la familia universal de Dios en la Iglesia católica.

La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión”.

Esto significa que una **dimensión constitutiva del acontecimiento cristiano es la pertenencia a una comunidad concreta**, en la que podamos vivir una experiencia permanente de discipulado y de comunión con los sucesores de los Apóstoles y con el Papa».

Documento de Aparecida, n° 167:

«La maduración en el seguimiento de Jesús y la pasión por anunciarlo requieren que la Iglesia particular **se renueve constantemente en su vida y ardor misionero.**

Sólo así puede ser, para todos los bautizados,
casa y escuela de comunión, de participación y solidaridad».

4- **FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, un breve resumen:**

La misión de una **Iglesia en salida** debe brotar de la comunión de los evangelizadores **con Cristo**, quien los envía, y del testimonio «atractivo y resplandeciente» de la **comunión fraterna** (*EG*, n° 99, que cita Jn 13,35; 17,21). Estas dimensiones son las que conforman una **comunidad auténticamente misionera**, y exigen a los pastores (obispos, párrocos...) fomentarla, teniendo por modelo las primeras comunidades cristianas (n° 31).

La comunión, si es auténtica, necesariamente vive «**la dinámica del éxodo y del don**», es decir, el salir de sí, caminar y «sembrar siempre de nuevo, siempre más allá» (*EG*, n° 21). La comunión se configura como «**comunión misionera**» (n° 23, que cita *ChL*, n° 32) o no es el don de la comunión **proveniente del Espíritu** (*EG*, n° 117) quien, a su vez, provee de **carismas** al servicio de la renovación y edificación de la Iglesia y de la «comunión evangelizadora», criterio para discernir si el carisma es auténtico y fecundo (n° 130).

Evangelizar para la Iglesia consiste en **ofrecer el don de la comunión con Dios y entre sí**. La oferta de la comunión trinitaria exige por sí misma la **conformación de pequeñas e intensas comunidades de vida fraterna** que vivan la fe, la esperanza y la solidaridad en los contextos en los que están (*EG*, ns° 67; 89). Así, la vocación misma de la Iglesia se expresa en la **comunión de sus comunidades**, signo de la comunión trinitaria.

II- La comunión misionera, un camino espiritual

La espiritualidad de la comunión misionera es, sobre todo, un **CAMINO ESPIRITUAL**, que tiene un recorrido, según san JUAN PABLO II (*NMI*, n° 43), de **CUATRO MOMENTOS** que se complementan. Presentamos aquí dos de ellos: la mirada del corazón al misterio trinitario (el encuentro con el Padre) y la capacidad de ver lo positivo en el otro (el encuentro con el hermano).

A estos dos momentos nos acercaremos a partir de la interpretación de dos parábolas de *Lucas*: la de padre misericordioso para el primer momento (**Lc 15,11-32**), y la buen samaritano para el segundo momento (**Lc 10,25-38**).

1- La comunión como regreso al Padre: Lc 15,11-32

Mirada del corazón hacia el misterio Trinitario: DEJARSE AMAR POR EL PADRE

1)- *Organización literaria, finalidad y temas de Lc 15*

Lc 15 reúne *tres parábolas y una misma cuestión*: la respuesta a la murmuración de fariseos y escribas por la conducta de Jesús (Lc 15,1-2). Es una de las tantas *controversias* de los dirigentes de Israel con Jesús para demostrar que la función de maestro y mesías que se atribuye y el honor que la gente le tributa no le corresponden.

Las tres parábolas son: la *oveja perdida* (Lc 15,3-7; ver Ez 34,11-16), la *moneda perdida* (1 *dracma*, moneda griega de bajo valor, equivalente a 3,50 gr. de plata; Lc 15,8-10) y el *hijo perdido* (15,11-32). En la parábola de la oveja el protagonista es un *varón* (15,4); en la de la moneda una *mujer* (15,8) y en la del hijo perdido un *padre de familia* (15,11-12). Cada parábola toma elementos representativos del mundo masculino, femenino y familiar.

La *organización literaria* de las dos primeras parábolas es: **a)**- pregunta retórica, descripción de una situación hipotética y preocupación del hombre o la mujer por encontrar lo perdido; **b)**- resultado: alegría expansiva por haber recuperado lo extraviado, y **c)**- sentencia final: alegría en el cielo por la conversión de un pecador.

La *3^{ra} parábola*: **I**- 1^{ra} parte: el padre y el hijo menor (Lc 15,11-24): **a)**- *Introducción*: hijos, petición de herencia y partida del menor; **b)**- descripción de la desgracia del menor; **c)**- toma de conciencia: situación en la casa paterna; **d)**- arrepentimiento y regreso a la casa: acogida del padre, y **e)**- *conclusión*: vestido, anillo, sandalias, fiesta. **II**- 2^{da} parte: el padre y el hijo mayor (15,25-32): **a)**- *Introducción*: hijo mayor y regreso del campo a la casa; **b)**- toma de conciencia: situación en la casa paterna; **c)**- descripción de la bendición del mayor: 15,31; **d)**- Ira y alejamiento de la casa: acogida del padre, y **e)**- *conclusión*: invitación a la fiesta.

El paralelismo en la presentación de los hijos es sorprendente, sin embargo, mientras las *acciones* se corresponden, las *disposiciones* de los hijos son radicalmente diversas.

Para Jesús no pueden salvarse 99 ovejas o 9 monedas o un hijo a costa de los otros. Jesús es Mesías para la humanidad entera, a diferencia de escribas y fariseos que -teniéndose por puros-condenan a todos los que no son puros como ellos (Jn 9,34). Jesús comparte con los pecadores para hacerles partícipes de la santidad y vida de su Padre; los escribas y fariseos no se mezclan con ellos para no contagiarse con su maldad. ¡Las conductas son totalmente opuestas!

El *tema central* de Lc 15: **a)**- la inmensa y contagiante alegría de Dios cuando lo perdido se encuentra, y **b)**- su bondad y misericordia gratuitas. La conversión y el perdón hacen posible la alegría y la fiesta de la reconciliación, porque devuelven la vida al que “estaba muerto”, *alegrando el*

corazón del Padre.

2)- *La parábola del hijo perdido*

2.1- *Propósito de la parábola:*

El *auditorio* de Jesús está compuesto por fariseos y escribas que murmuran contra él porque «anda con pecadores y come con ellos» (Lc 15,2).

Con la *parábola* Jesús: **a)**- responde a la crítica de fariseos y escribas, revelando qué cosa Dios espera de ellos (1^{ra} parte), y **b)**- reprocha la vanidad y el orgullo de los fariseos observantes de la ley y su distanciamiento ante lo que califican de impuro (Lc 15,30: «ese hijo tuyo»; 2^{da} parte).

2.2- *La 1^{ra} parte de la parábola: el padre y su hijo menor (Lc 15,11-24)*

El hijo menor pide la herencia y abandona la casa paterna. La Ley dice lo que se hace: le corresponde un tercio de los bienes del padre (Dt 21,15-17). La literatura sapiencial recomienda al padre no repartir la herencia mientras vive: *Eclo 33,20-24*, menos si el hijo la va a gastar con prostitutas: *Eclo 9,6*.

El relato debió extrañar a los judíos que escuchaban a Jesús, porque ellos conocían la literatura legal y sapiencial respecto a la herencia: es muy extraño que el hijo pida la herencia mientras su padre vive, y es muy extraño que el padre se la otorgue... y a *ambos hijos*, pues -dice el texto- «les repartió» lo que les correspondía (Lc 15,12). El enojo del mayor (15,28) no puede fundarse en que su hermano dilapidó la herencia que le correspondía.

La historia *cambia de escenario*: el hijo se va a un país extranjero (Lc 15,13). Por el hambre, debe “apacentar cerdos” (15,15). Es el oficio de algunos hombres de la región de Gerasa (8,32.34) en donde Jesús expulsa a muchos y potentes espíritus malos llamados “Legión”. El exorcismo (8,26-39) está marcado por el tema de lo impuro, de lo indigno de Dios: **a)**- territorio y habitantes no judíos; **b)**- puercos y el oficio de apacentarlos; **c)**- demonios y sepulcros donde vive, y **d)**- el “abismo”, morada propia de demonios (Ap 9,1-2; 20,1-3) y lugar de muertos (Rm 10,7).

La parábola no sólo pone el énfasis en las pésimas condiciones de sobrevivencia del hijo menor (Lc 15,13-14.16), sino también en su degradante condición religiosa: es un judío impío e impuro, detestable para escribas y fariseos. Si el hambre lo lleva a perder la vida, su impureza lo ha excluido de la comunidad de Israel y de la comunión con Dios. El hijo menor, pues, se asemeja al endemoniado de la región de Gerasa. En realidad, para escribas y fariseos, estaba endemoniado, no era un “hijo de la alianza”, del pueblo santo de Dios.

La miseria del hijo es tan extrema y su deshonra tan profunda que únicamente su padre, a quien ofendió, lo puede rehabilitar social y espiritualmente. Se gesta la conversión a partir de su insostenible condición civil y religiosa y «entra en sí mismo» (Lc 15,17: *eis heautón elthòn*).

“Entrar en sí mismo” aparece en Dn 3,98-4,34 que habla del soberbio rey Nabucodonosor, y Hch 12,1-23 que trata de Pedro encarcelado. Según *Daniel*, el rey “entra en sí mismo” cuando “se vuelve razonable”, deja de ser soberbio y toma conciencia -a partir de la mísera condición provocada por el Señor- que sólo a Dios le pertenece el poder y la gloria. Según *Hechos de los Apóstoles*, “entrar en sí mismo” es para Pedro como volver de un sueño y entender que el poder de Dios (Lc 11,20) está tras sus acciones liberadoras. En ambos casos, “entrar en sí mismo” tiene que ver con acciones divinas de redención que transforman la vida, pero no sin antes sufrir una condición desgraciada y deshonrosa.

El hijo menor “entra en sí mismo” (Lc 15,17), porque hasta ahora placeres y falta de autodominio lo han hecho vivir fuera de sí (Eclo 18,30-19,3). “Entra en sí mismo” para hacerse cargo

de su realidad de hombre libertino, hambriento e impuro. Expresa su arrepentimiento: *Lc 15,18-19.21* (cfr. 18,13), pero -sin embargo- no vuelve a su padre tanto para restituir la justicia quebrantada cuanto por remediar su condición de miseria: *Lc 15,17*. No busca más que un lugar secundario en la casa de su padre, que le garantice la comida: ser tratado como jornalero; mientras el *jornalero* vive de un jornal (1 Tim 5,18), el *hijo* de los bienes del padre (*Lc 15,31*).

El hijo menor *se levanta* para regresar a su padre (*Lc 15,20*). El verbo “levantarse” en Lucas (15,18.20: *anístemi*) se emplea para la resurrección de muertos (9,8; 16,31) y la de Jesús (24,7.46). La alegría del padre, por tanto, se funda en la *resurrección* de su hijo y él mismo lo reconoce: *Lc 15,24.32*. La conversión vivida como arrepentimiento del pecado y regreso al Padre es análoga a la muerte y resurrección del Hijo primogénito que, sin culpa alguna, se hundió en la muerte por los pecadores y, resucitado, subió a la casa de su Padre.

El padre ve a su hijo regresar y sale a su encuentro (*Lc 15,20b*). Lo que provoca este encuentro se describe con un verbo *de afecto*: “se enternece”, y varios *de acción*: “corre”, “se echa a su cuello” y “lo besa” (*Lc 15,20*); el primer verbo explica los otros.

“Enternecerse” (*splagchnízomai*) es vibrar de cariño hasta lo más íntimo del ser (*Lc 1,78; 7,13* y *10,33*), es “com-padecerse” hasta las “entrañas” (en griego *splágchnon*; cfr. Hch 1,18) por la desgracia ajena (*Os 11,8-9*). “Corre a su encuentro”, lo que un adulto no hace en público ni menos ante un hijo rebelde. “Se echa a su cuello” y “lo besa”, lo que hacen los discípulos con Pablo cuando se marcha de Mileto a Jerusalén (*Hch 20,37-38*); en esta ocasión, las acciones responden a una profunda tristeza por la despedida del amigo y maestro, en *Lc 15,20* al gozo del padre por el reencuentro del hijo perdido.

¡Los judíos que escuchan están perplejos! ¿Por qué?

El *valor fundamental* en la relación “padre-hijo” en el siglo I es la *sumisión* de éste a su progenitor, sumisión que manifiesta y acrecienta el honor paterno. “Sumiso” es un hijo obediente y consecuente con su padre. El niño y el joven, que se considera de por sí terco, egoísta y manipulador, necesita de instrucción y corrección para que sea obediente y no amargue la vejez del padre (*Eclo 3,6-7; 30,1-13; Prov 3,11-12; 4,11-13; Heb 12,7-11*).

Por tanto, ¿qué razonan los judíos acerca del padre y a la luz del comportamiento de su hijo?: “El padre descuidó gravemente su función, fue indolente con su hijo, lo consintió, lo mimó y no lo castigó a tiempo (*Eclo 30,8-13*); en gente así, sin honor ni autoridad paterna no se puede confiar, puesto que ¡ni a los suyos controla!” (*33,23*). ¿Qué tenía que haber hecho el padre? Expulsarlo del hogar, o bien castigarlo tan duramente como fuera posible. ¡La Ley de Yahveh se lo manda: *Dt 21,18-21*! Cualquiera otra conducta era hacerse corresponsable de la rebeldía del hijo que deshonra a la familia. Sin embargo, ¡este padre de la parábola no sólo no expulsa a su hijo ni lo castiga, sino que corre a su encuentro con gran ternura! ¡Y lo viste, lo calza, le pone un anillo en su dedo y organiza una estupenda fiesta! ¡Es como para no entender nada!

Los judíos que escuchan la parábola están cada vez más perplejos, pues Jesús contradice repetidas veces el *paradigma socio-cultural* de quienes le oyen. La parábola en boca de Jesús *provoca* y *des-pista*, pues los lleva a límites socio-culturales extremos los que muchas veces traspasa. Una de las riquezas de sus parábolas es su *contra-culturalidad*.

El *vestido* forma una unidad con la persona y manifiesta su dignidad y función social; por el tipo de ropa se sabe el sexo, funciones (sacerdote, profeta, rey), *status* (rico y pobre; *Lc 7,25; Sant 2,2-3*) y comportamiento social (duelo, penitencia, boda, fiesta, trabajo...). El *calzado* es muy raro entre los esclavos, pero habitual en los hombres libres. El *anillo* sólo lo llevan los hombres libres y ricos, pues es símbolo de autoridad y poder (*Gn 41,42-43; Est 3,10-11; 8,2*).

El hijo menor, que esperaba ser tratado como jornalero, es recibido como hijo y hombre libre. El vestido, calzado y anillo significan la restitución de su condición de hijo con pleno honor y plenos

poderes en la casa paterna. Participa de lo más preciado de la paternidad: ¡ser considerado y tratado como hijo, pues deja a su padre *ser padre!* Ahora sí puede comenzar la fiesta (Lc 15,24).

Para el Dios y Padre de Jesucristo -no así para el de los fariseos y escribas- su honor se juega en *ser de verdad padre* por lo que derrama con gratuidad su misericordia sobre el hijo arrepentido, recuperándolo como tal y restituyendo su dignidad. ¡Ésta es la razón por la que el Hijo de Dios «anda con pecadores y come con ellos»: ¡porque *Dios quiere ser Padre!* (Lc 15,2).

2.3- *La 2^{da} parte de la parábola: el padre y su hijo mayor (Lc 15,25-32)*

En la 2^{da} parte, Jesús describe con el comportamiento y motivaciones del hijo mayor a fariseos (mundo cultural) y escribas (mundo legal) que se creen justos a los ojos de Dios y buscan el premio que creen merecer (Lc 15,29; ver 18,9-14). Alegan una vida perfecta y no tienen problema en hacérselo saber a Dios, y con un fuerte tono crítico. El argumento y la conducta del hijo mayor son irrefutables cultural y religiosamente: de un *hijo* se espera sumisión a su padre, y de un *judío piadoso* la perfecta práctica de la ley de Dios... y ambas cosas el mayor las vive... y desde siempre..., ¿qué, pues, denuncia Jesús en el hijo mayor?

Lc 15,25-32 nos conduce a una *conclusión* tan paradójica como antes. Jesús no sólo invita a una interpretación *contra-cultural*, sino también *contra-religiosa*, pues somete a juicio el modelo de relación con Dios representado por el judaísmo fariseo (Lc 11,37-54).

La denuncia se articula en la *contraposición* entre el hijo menor y el mayor. El menor, desde la conciencia de su situación desgraciada y su ingratitud, se convierte y busca la misericordia del Padre. El hijo mayor, en cambio, jamás ha entrado en sí mismo por lo que no ha sido capaz siquiera de pensar que convive con debilidades y miserias (Lc 15,29: «Hace ya muchos años que te sirvo sin desobedecer jamás tus órdenes...»). Su sitio de hombre perfecto no da lugar al que su padre se acerque a abrazarlo y besarlo (Lc 15,20). El menor, *se ha dejado hallar* por su padre, es decir, *resucita para él*; el mayor ni siquiera acepta que *está perdido y muerto* (15,32); su legalidad y orgullo no se lo deja.

Sólo quien experimenta su desgracia y vacío (Lc 15,14-16), convirtiéndose de corazón (15,17-19), puede *levantarse* (= resucitar) gracias al Padre; éste le devuelve la dignidad de hijo y hombre libre (15,20-24). Quien experimenta esta misericordia puede a su vez experimentar la alegría de la fraternidad y celebrar la fiesta del perdón. Por esto el padre acoge también como hijo al orgulloso primogénito, para que éste pueda recibir al menor como *su hermano* (15,30: «*Ese hijo tuyo*») y entrar a la fiesta por y con él (15,31-32).

La *gran diferencia* es que el menor supo ser hijo, mientras el primogénito nunca pasó de ser en la casa de su padre un buen jornalero que cumple a la perfección lo que se le ordena..., pero sin una pizca de amor..., con todo el padre acoge y ama a ambos.

3)- *Disposiciones: la comunión como regreso al Padre*

a- “**Entrar en sí mismo**” para purificar la vida y hacerla íntegra. Sustentar la vida en la fuerza divina de la misericordia de Dios que hace realidad la conversión personal. Lo que interiormente no está unido, integrado, ¿puede aportar a la comunión?

b- Hay que “**ponerse en camino**”, no a cualquier parte, sino **a la casa del Padre** y ponerse en camino **como su hijo**. Y para hacerlo, hay que ir “tras el Hijo primogénito” y seguirlo, para aprender –en la convivencia con él– a imitarlo. Y lo que primero que se aprende en la convivencia con el Hijo es la **confianza** y la **obediencia**, propias de un hijo. La comunión está hecha de sumisión filial al Padre celestial en la casa del Padre celestial. El Hijo es quien nos introduce

en el misterio de comunión de la Trinidad y es el Espíritu quien nos mueve a vivir en comunión como hijos de Dios y hermanos unos de otros.

- c- En la “casa paterna”, Dios **me regala intensas experiencias de hijo**. Primero, más allá de apariencias y formalismos, Dios me ha buscado como el pastor a la oveja perdida, como la mujer a la moneda que le falta, como el padre de familia al hijo que se fue de casa. Lo único que Dios anhela es **recuperarme como “su hijo”**. Luego, Dios me hace vivir en comunión con él, pero para esto, hay que disponerse en la casa paterna a **dejarse amar por el Padre**, hay que dejar **que Dios vuelva a ser Padre misericordioso**, porque lo único que anhela es hacerme partícipe de su Vida (Jesucristo) y de su Santidad (Espíritu Santo).

La **COMUNIÓN** requiere de **PEREGRINOS** que, por la fe, se introduzcan en el misterio del Hijo hecho hombre y, por lo mismo, se atrevan a caminar, sustentados en la sabiduría y misericordia de Dios, hacia lo más profundo de sí mismos, autenticando la vida e integrándola.

2- La comunión como regreso al hermano: Lc 10,25-37

Capacidad de sentir al hermano como uno que me pertenece: COMPARTIR

- 1)- *Lc 10,25-37 como parábola y controversia: el desafío al honor*

1.1- *Una parábola en contexto de controversia*

La *parábola* es un *relato breve y figurado* que invita al auditorio a buscar su significado. La *belleza* de la parábola está en la habilidad con que su autor plantea la correspondencia entre el plano figurado y el plano real, y su *fuerza interpelativa* en la capacidad de provocar una respuesta concreta en el lector u oyente. La parábola, funcionando a nivel de insinuaciones, transmite una verdad o enseñanza moral que cuestiona la realidad. Jesús hace de las “parábolas” el medio privilegiado para anunciar el Reino de Dios, su contenido y su carácter provocador (Mc 4,33-34). Por lo mismo, las parábolas son *el camino* para entrar en comunión con el mensaje central de Jesús y discernir la vida a su luz.

El *contexto* de Lc 10,25-37 es una *controversia* iniciada por un escriba o maestro de la Ley. La mala intención es manifiesta: *tenderle una trampa* a Jesús con una pregunta sobre la vida eterna (10,25: *ekpeirázō*: “tender una trampa, tentar, probar”; ver 4,12; 1 Cor 10,9).

La preocupación por la vida eterna es el nudo central de toda religión. La misma pregunta le hará luego un importante hombre a Jesús (Lc 18,18). Mientras a éste Jesús le habla del cumplimiento de los mandamientos y de seguirlo despojándose de sus bienes en favor de los pobres, al escriba le pide que él mismo recuerde aquello que tan bien sabe. Así lo hace el escriba citando dos textos del importantes del AT: *Deuteronomio 6,5* y *Levítico 19,18*.

El primer texto (Dt 6,5), el *Shema Israel* (= “Escucha Israel”), lo conocía de memoria todo judío, pues era uno de los pasaje con que aprendía a leer. El escriba no sólo se contenta con citar el *Shema*, sino que lo completa con otro tomado del Levítico: «Amarás a tu prójimo como a tí mismo. Yo soy el Señor» (Lev 19,18).

Sorprende la pregunta del escriba a Jesús, pues, ¿por qué la hace si conoce tan bien la respuesta como lo demuestra? Al escriba no le interesa aprender. Para ésto, necesita una disposición de discípulo que -según parece- no tiene interés en adquirir. Lo que busca es *poner a prueba* a su

interlocutor.

1.2- *La controversia, un desafío al honor*

Pero, ¿qué razones tiene para ponerlo a prueba?, es decir, ¿qué lo motiva a desafiar mediante preguntas a Jesús?, ¿qué quiere probar ante el auditorio que sigue el diálogo entre Jesús y el maestro de la Ley?

El *honor* es el valor central en la sociedad mediterránea del siglo I. En el paradigma social de la época “honor-vergüenza” se mueve el maestro de la Ley para poner a prueba a Jesucristo (Lc 4,37; 5,15; 7,17).

Especifiquemos dicho paradigma. Los rabinos en Israel gozan de grandísima fama entre el pueblo sencillo. Su honor es un preciado bien, consecuencia de sus estudios, y avalado por la función que cumplen en la vida religiosa del pueblo de Dios. Pero a Jesús, ¿por qué la gente la atribuye tanto honor?; además, su creciente fama es un auténtico menoscabo del aprecio y función de los maestros de la Ley, pues el honor es un bien finito que se adquiere porque otro lo pierde). ¿Y dónde estudió?, ¿o tal vez conoce la Ley porque proviene de una familia de rabinos?; ¿cuál es la función que avala el honor que le tributan? Si así fuera, ¿por qué cuestiona y desestabiliza las sagradas tradiciones de Israel? (Mt 12,5-6; Mc 2,16.18.24; 3,4).

Si el honor o fama de Jesús no le corresponde ni por procedencia familiar (*honor asignado*; ver Jn 1,46; Mt 13,54-57; Lc 4,22) ni por educación (*honor adquirido*; ver Hch 22,3) su función como *rabino* no tiene sustento alguno por lo que hay que desenmascarar a este «falso maestro» (Lc 10,25b: **didaskalos*) por ejercer un oficio y recibir honores que no le corresponden (Jn 8,49). Visto así, sin duda que el título de “maestro” en boca del escriba (Lc 10,25b) tiene un fuerte sabor irónico.

Jesús acepta el desafío y responde con otra pregunta: «¿Qué está escrito en la Ley?, ¿qué lees en ella?» (Lc 10,26). La respuesta del escriba (Dt 6,5 y Lv 19,18) es correcta, pero incompleta, y Jesús se lo hace ver al decirle: «¡Haz eso y vivirás!» (Lc 10,28). Al completar la respuesta con un texto de la Ley de Moisés, Jesús demuestra que su conocimiento e interpretación de la Escritura son superiores a los del escriba. Con ello da a conocer también su crítica por la hipocresía con la que muchos rabinos y fariseos viven la religión. Sin embargo, el honor que la gente le tributa no es fortuito, pues él habla con renovada autoridad (Mc 1,22.27-28; Mt 7,29; Lc 4,32).

El mandato de cumplir la Ley («Haz eso y vivirás») se encuentra en muchas partes del AT: *Levítico 18,4-5; 19,17; 20,8*. Al recordárselo, Jesús denuncia aquella *hipocresía* característica de muchos fariseos: enseñan hasta el más mínimo detalle de los mandamientos y la última norma de la tradición judía, pero no la cumplen ni se convierten a la justicia y amor de Dios (Lc 11,37-52; Mt 23,1-36).

El escriba entiende el *desafío* lanzado por Jesús, por eso hace una nueva pregunta buscando recuperar el honor que está perdiendo en la controversia frente al público, que cumple el papel de juez. Lucas lo hace ver al decirnos: «Pero él, *queriendo justificarse* a sí mismo, preguntó a Jesús: “¿Y quién es mi prójimo?”» (Lc 10,29). Esta nueva pregunta da lugar, junto con la del hijo pródigo (15,11-32), a las dos más bellas parábolas de Jesús, propias de Lucas.

Como la primera pregunta (Lc 10,25), esta segunda (10,29) es también para tenderle una trampa a Jesús, puesto que el maestro de la Ley conoce la respuesta. Su motivación no es aprender, sino poner en jaque la *función de maestro* que avala el honor que la gente le tributa a Jesús.

La Ley enseña que “prójimo” (*plesión*: “cercano a”) es todo aquel “de tu pueblo” que no siendo pariente de sangre se acerca en plan de amistad y colaboración (Lv 19,13.16-18), es decir, todo aquel judío que, no formando parte de la casa paterna, establece con otro judío relaciones de cercanía por la religión, negocio, viaje u otro motivo. El escriba sabe esto perfectamente, pues está

definido en la Ley.

Su pregunta, pues, responde en realidad a la *lógica de la controversia* por el *honor* adscrito a la función de *rabino en Israel* (ver Lc 20,2).

2)- *Un viajero en peligro de muerte... y un sacerdote, un levita...*

El *inicio de la parábola*: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó», casi adelanta lo que va a ocurrir. Los contemporáneos de Jesús que escuchaban este itinerario de viaje de unos 30 kms. sabían que se trataba de un angosto y escarpado sendero altamente peligroso por estar infestado de bandidos que atacaban a viajeros solitarios. No era extraño un asalto y encontrarse con un hombre medio muerto a orillas de la ruta.

Un *sacerdote* y un *levita* hacen el mismo recorrido. No sabemos por qué el hombre herido había estado en Jerusalén, pero sí podemos deducir la razón que tuvo el sacerdote y el levita para haber ido a Jerusalén. El personal dedicado al culto del templo que no vivía necesariamente en Jerusalén, sino también en aldeas aledañas, estaba organizado en grupos de servicio litúrgico y debían presentarse en el templo -según el turno que le correspondía- a ejercer sus funciones religiosas (Lc 1,5.8-9). Las leyes de pureza ritual para ejercer el culto eran muchas y exigentes (cfr. *Ley de Santidad*: Lv 17-26). Una vez que ejercían el servicio litúrgico volvían a sus casas (Lc 1,23). Es probable que sacerdote y levita volvieran de Jerusalén a sus hogares en Jericó después de haber cumplido las sagradas funciones que les correspondían. Su ánimo y vida estaban, pues, profundamente marcados por la pureza y la santidad ritual, y sin duda que recuerdan y repiten *Levítico 21,6*: «Serán santos para su Dios y no profanarán su nombre, pues son ellos quienes ofrecen los sacrificios en honor del Señor, que son como el alimento de su Dios; por eso deben ser santos».

Cuando ven al hombre medio muerto en el camino dan un rodeo y pasan de largo (Lc 10,31-32). Desde nuestro sentido religioso y sensibilidad social los condenamos por su falta de solidaridad. Sin embargo, no fue éste el juicio de los judíos que escuchaban la parábola. Si evitan al hombre medio muerto, ¿no es porque sean malos, sino porque son *hombres piadosos* que vienen santificados del templo y cumplen perfectamente la Ley! Uno de los preceptos de la *Ley de Santidad* les prohíbe acercarse a un hombre medio muerto, porque contraerían la impureza ritual (Lv 21,1-3.11; Ez 44,25)... y «al que se purifica del contacto con un muerto y lo vuelve a tocar, ¿de qué le sirve haberse purificado?» (Eclo 34,25). Ambos hombres no quieren de ningún modo incurrir en una gravísima falta contra Dios que los ha santificado, poniéndose en situación de ser castigados por no cumplir las normas de purificación (Lv 22,9; 26,14ss). Son hombres justos, dignos de admiración para el mundo fariseo del siglo I.

3)- *Un viajero en peligro de muerte... y un samaritano...*

Por el mismo camino pasa un *samaritano* que ve al herido y “se enterece” (Lc 10,33). El verbo empleado -*splagchnízomai*- describe un cariño tierno y profundo que estremece hasta lo más íntimo ante la desgracia ajena. Es el el cariño del padre que acoge al hijo perdido (15,20) y el de Dios que se conmueve ante su pueblo oprimido (1,78).

¿Cómo estarían de satisfechos escribas y fariseos por su sacerdote y levita que cumplían sagradamente la Ley! Pero la satisfacción les duró hasta que escucharon hablar del samaritano... que -además- se transforma en personaje central y modelo a imitar... ¿cómo les habrá cambiado la cara!

Desde el año 721 aC., judíos y samaritanos no se trataban (Jn 4,9). En ese año, los asirios conquistaron Samaría, deportaron a parte de sus habitantes y trasladaron a cinco pueblos paganos (con sus cinco dioses) a vivir en el país conquistado (2 Re 17,24ss). Los judíos de entonces se aliaron

en negocios, contrajeron matrimonio con los extranjeros y cayeron en el sincretismo religioso (los «cinco maridos» de Jn 4,18; ver 2 Re 17,29-31). Por ésto los judíos del tiempo de Jesús consideraban herejes a los samaritanos, religiosamente impuros e impíos. Los tenían por un pueblo extranjero y endemoniado, y así los trataban (Jn 8,48). Se entiende el malestar de fariseos y escribas.

Pero su malestar aumenta más aún al deducir el *oficio* del samaritano. Lleva aceite y vino, tiene cabalgadura y probablemente guardias que lo protegen, conoce hospederías y viaja con dinero, pues paga «dos denarios» en la posada (Lc 10,34-35; un *denario* es el jornal de un día en labores agrícolas). Si el herido no se recupera, promete cancelar lo que gaste de más, por lo que -según parece- transita con frecuencia entre la capital, Jerusalén y una importante aduana, Jericó, ciudades que se destacan por su intensa relación comercial. No se trata sólo de un extranjero, sino de un samaritano dedicado a los negocios, por lo que a los ojos de los fariseos *es doblemente* impuro e impío.

El comerciante, como pastores, carniceros... era considerado un oficio deshonesto para un judío fiel a la Ley (Ecl 26,28-27,7). Su vida itinerante exponía a la esposa a merced de cualquiera (Prov 7,18-20). Además, comprar y vender es un mal arte, pues los bienes en una sociedad agraria pre-industrial son esencialmente limitados y perecibles; hay, por tanto, que conformarse con lo que uno tiene y respetar lo ajeno; la riqueza obtenida con rapidez se la considera una injusticia y fruto de la injusticia, porque los bienes que uno adquiere se arrebatan a otros que los necesita para sí y su familia. En Israel, el comercio estaba confiado a los siervos de confianza que, por carecer de honor, nada perdían (Mt 25,14-30).

Este samaritano comerciante, intensamente impuro e impío es quien se detiene a atender al herido y lo hará hasta que recupere totalmente la vida. De un hombre así no se esperaba esta conducta.

El contraste entre el comportamiento del personal del templo y la del samaritano salta a la vista. Pero este contraste no es más que *contraste de motivaciones*, y aquí se centra la denuncia de Jesús. Sacerdote y levita aman intensamente la *Ley de Dios*; Jesús, en cambio, exhorta a amar intensamente al *Dios de la ley*. El Dios de la *Tôrãh* es paciente y rico en misericordia (Nm 14,18-19; Sal 103,8-10; Is 54,7-10), por lo que exige *benevolencia y conocimiento de Dios* (= comunión de vida) más que sacrificios y preceptos legales (Os 6,6; Am 5,21-27; Is 1,10-20; Jr 7,1-28).

Si la motivación fundamental de una persona es el cumplimiento de la Ley de Dios es fácil que olvide al Dios que da la Ley como revelación de su voluntad y mediación de justicia y amor (Lc 11,42; Mt 23,23; 2 Cor 3,4-6; cfr. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* [1980], cap. III, nota 52). Si no se actúa de corazón (Lc 11,41) cualquier cuerpo legal, por perfecto que sea, es inútil: «Si el decálogo no se hace diálogo, se endurece en catálogo» (X. LÉON-DUFOUR).

4)- *La pregunta final de Jesús...*

El escriba acepta en parte esta enseñanza de Jesús, y a la pregunta: «¿Quién de los tres te parece que se hizo prójimo del que cayó en manos de los asaltantes?», responde: «El que tuvo compasión de él» (Lc 10,36-37). Responde bien, pero se *ajusta nuevamente a la Ley* que tanto ama. Los personajes de la parábola están bien identificados: “sacerdote”, “levita” y “samaritano”; ¿no era, por tanto, más fácil responder: “el samaritano”? La palabra “samaritano” representa una realidad impura y maldita que los labios de un judío piadoso no podían pronunciar. Una vez más el escriba cumple la Ley, olvidando el perdón y la misericordia que hacen posible la relación personal.

La pregunta final de Jesús al escriba es la *clave de lectura* de toda la parábola. La pregunta que dió origen a la parábola fue: «¿Quién es *mi prójimo*?» (Lc 10,29). Al final, Jesús -maestro de Israel- retoma la pregunta, pero *¡se la cambia!*: «¿Quién de los tres -le dice al escriba- *se hizo prójimo*

del que cayó en manos de los salteadores?» (10,36).

Jesús lleva al escriba a reconocer que *prójimo* no es aquel que *se hace próximo a mí*, sino aquel a quien *yo me aproximo*. Mientras en la pregunta del escriba, éste se establece como centro de la cuestión, en la de Jesús es el otro -el malherido- lo que verdaderamente importa. Aquel que se aproxima para ofrecer consuelo y cuidar del desvalido hasta que su dignidad y su vida queden del todo restauradas es misericordioso *como Dios* (Lc 6,36), y ésta es la primera de todas las leyes mosaicas (10,27) que -para Jesús- también incluye al enemigo (6,27-35).

5)- *«El ritmo sanador de proximidad» (EG, n° 169)*

A la pregunta del escriba acerca de «¿qué debo hacer para obtener la vida eterna?» (Lc 10,25), la respuesta de Jesús es que quien *se hace prójimo del desvalido* alcanza la vida eterna. “Hacerse prójimo” es ser misericordioso *como Dios*, tal como lo practica el buen samaritano; sólo así se lleva a cumplimiento de corazón y de obras (Lc 10,28: «Haz [verbo *poiein*] eso y vivirás») toda la Ley y los Profetas (Mt 7,21: «No todo el que me dice “Señor, Señor”..., sino el que *hace [poiein]* la voluntad de mi Padre...»). Jesús, pues, es quien lleva a cumplimiento la Ley y los Profetas (5,17ss) en el amor a Dios y al desvalido (Lc 10,27). Esta es la «ley de Cristo» (Gál 6,2; cfr. 1 Cor 9,19-23).

La invitación de Jesús a que el escriba haga lo mismo que ha hecho el samaritano, es decir, que se identifique con la conducta y motivación de un extranjero hereje y que tenga compasión del desvalido (Lc 10,36-37), descubre la hipocresía en que vivían sumidos legistas y fariseos. El escriba se retira deshonrado, pues habiendo desafiado a Jesús, éste demostró con creces que su función de “maestro” y el honor que la gente le prodiga por dicho oficio no es gratuito.

Jesús, por ser “Mesías” e “Hijo de Dios” (Mc 1,1), se adjudica la más alta función y honor imaginables: ¡su autoridad le viene del AT (1,2-8), de su Padre Dios (1,9-11) y de su victoria sobre Satanás (1,12-13)! ¿A quién, pues, hay que *escuchar?* (Lc 9,35) ¿A rabinos israelitas o a Jesús, que por ser Hijo de Dios revela e interpreta la voluntad de su Padre, autor de la Ley? Juan y su comunidad nos ofrecen un testimonio claro al respecto: «La Ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad nos llegaron por medio de Cristo Jesús» (Jn 1,17).

6)- *Disposiciones: la comunión como regreso al hermano*

a- Quien busca la comunión **rompe egoísmos y miedos** y **se libera de prejuicios** frente al otro y a su dolor. Hay que traspasar barreras para acceder a la persona y a su misterio. Quien busca la comunión jamás pierde el “asombro” y la “ternura”.

b- La comunión requiere el don y la tarea de **“hacerse prójimo” de los demás**, es decir, hacerse “próximos” a sus personas, a sus vidas, a sus esperanzas y dolores. Una mirada de “simpatía” permite intuir sus deseos y atender necesidades, ofreciéndose en amistad. También requiere del “ritmo sanador de proximidad” que, respetando el misterio del otro, sane, libere y aliente (EG, n° 169).

c- La comunión requiere de la certeza de que aquello que se da no es otra cosa que **aquello que gratuitamente y sin mérito alguno hemos recibido de Dios** (Mt 10,8). Al ofrecer lo que se tiene en ayuda del otro, se ofrece lo “de Dios” y tiene que hacerse como entrega de sí mismo.

La **COMUNIÓN** requiere de **INMOLACIÓN** que significa poner el propio ser y la vida, como Jesús, al servicio de la salvación y los procesos de humanización que su misterio pascual hizo posible. Comunión es compartir el ser con esta finalidad, pero para eso hay que **inmolarse**.

